PATAGONIA LEE

Lecturas que laten desde Neuquén

Graciela Rendón

LOS OJOS DE LA LUNA *o* CASI UNA CASA

noviembre 2021

Neuquén

Ministra de Educación y Presidenta del Consejo Provincial de Educación
Prof. Cristina Storioni

Director Provincial del CEDIE y Referente Plan Provincial de Lecturas
Bibl. Iván Nicola

Director General de Asistencia Técnica y editor del Centro Editor
Tómas Watkins

Maquetación a cargo de la Dirección General de Comunicación y Protocolo del Consejo Provincial de Educación del Neuquén.

Presentación

En el marco del Plan Nacional de Lecturas, las y los referentes de las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, La Pampa y Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, nos reunimos para configurar un Plan Regional que integre la literatura de estas latitudes a través de sus representantes.

De este modo nace **Patagonia lee.** Un programa que busca generar espacios de socialización y difusión de las prácticas vinculadas con la literatura regional. La actualización del debate en torno a las producciones de nuestra región literaria y su correlato en acciones concretas de inclusión de la literatura patagónica en los recorridos de lectura de docentes, bibliotecarias, bibliotecarios y estudiantes, es nuestra premisa.

LOS OJOS DE LA LUNA O CASI UNA CASA
Graciela Rendón

Cuando Auca descubrió la luna, puso su dedo índice en la mitad del círculo empujándola cielo adentro. Le gustaba ese juego, la ayudaba a entender que esa casa redonda era la única luz de la noche. Su abuela, Carmelina, le decía que la noche oscura era como la mirada del puma: negra y de sabor amargo; por eso m'hija es imprescindible la luna, algo dulce con sabor a torta frita. Y cuando Auca la miraba, sacaba la lengua saboreándola, y cuando no estaba, extrañaba esa merienda de color blanco.

La nieta le hacía creer a la abuela que comía día a día esa torta del cielo, y la abuela le hacía creer a su nieta que se lo creía.

Las campesinas siempre iban a lavar, y en el camino Auca escuchaba los rezongos de Carmelina acerca de la tierra, de lo poco que les iba quedando. Su nieta escuchaba, y no la contradecía. A Carmelina no le hacía gracia tanta gente y tan junta. Por eso veía sólo desorden a su alrededor y malas caras. Así fueron arribando familias enteras con bolsos al hombro, sábanas atadas con ropas dentro y colchones llevados de a dos o de a tres, como se podía. Tirantes y postes que terminaron siendo un refugio de lluvias y vientos. Casi una casa.

Entre tanta gente llegó Andelino, tenía la edad de Auca, quizás trece, quince, o catorce, quién sabe. Tenía los ojos medio negros, medio claros, como cuando la luna, entre nube y nube, no sabe si estar o no. Cuando Auca lo vio se lo contó a la abuela, y ella le dijo:

—No hay ojos como la luna, hay ojos como las ciruelas, como las guindas, las piedras o las brasas, ¡pero como la luna, no!

Él a su vez averiguó quién era ella, y le dijeron: la nieta bien cuidada de Doña Carmelina.

Alguna que otra vez las miradas de ambos se encontraban. Pero un río ancho de agua y de historias los dividía.

Una tarde, Auca fue sola a lavar porque su abuela se sentía mal, sus piernas se aflojaban y sus ojos ya no acertaban la huella, vaya usté m'hijita, decía, por ahí encuentra a esos ojos de los que usté tanto habla y la ayudan a llegar al río. Los ojos que ella decía por fin tropezaron con los suyos, y entre agua y mirada, los dos se contaron sus vidas. Tuvo mucho más para decir Andelino; habló de cárceles y basurales, de corridas y manifestaciones, de pancartas y policías, ambulancias, cuchillos y amigos que ya no tenía; y también habló de su padre:

—El pobre no encuentra trabajo, por eso volvió; esta tierra, me contó, era de los abuelos. Ella tenía muy poco para decir: sus amigas que se iban a estudiar a la ciudad, sus padres que habían muerto, sus tíos, todos en otros pueblos, y los pocos animales que ya casi no tenían. Luego trató de asegurarle que allí, en el campo, era mejor, y él, a su vez, le afirmó que no, que era mentira. —Pero la tierra es de todos, le dijo ella, y él volvió a su mirada de tigre envenenado:

—Es mentira Auca, cuando tenés una huerta y te vienen los chivos del vecino no es de todos, es tuya. Ella no contestó, hubo un silencio de mucho tiempo, el mismo que dura un pedazo de luna en terminar de salir de la montaña. La niña recordó a la abuela rezongando por eso, hablando mal de los vecinos y de sus animales, ¡chivos de mierda que se meten en la huerta de uno!

La vida siguió, para Auca, entre idas al río y charlas amistosas. Su abuela acompañaba cuando podía, pero pronto se impuso el cansancio y las piernas empezaron a fallarle. Auca tuvo que dejar la escuela.

—Por ahora nomás m´hijita, por ahora, usté vio cómo es esto, en veces la vida es así. Y Auca aprendió a esperar a que un día la vida dejara de ser así; y entendió, junto al rugido del puma, que la luna empezaba a dejar de ser torta dulce para ser luna de verdad. Y a veces, la verdad es agria.

Entonces, cuando la ropa y el espejo le avisaron que estaba más alta y más lin-

da, sucedió que Doña Carmelina la dejó. Y fue para siempre. Andelino ayudó como pudo. La acompañó en el velorio y en el entierro. La ayudó a hacer el hueco en la tierra y a rezar; ella le dijo que no rezaría como él, hablaría a su Futa Chao, que era como le enseñó su gente. Igual yo no tengo Dios, dijo el jovencito, me enseñaron a rezar, pero nunca me sirvió. Y otra vez el silencio y la luna sin terminar de salir. Y mientras ella miraba las hilachas de luz, él miraba el horizonte con el puño cerrado, apretando muy fuerte lo que no tenía.

El padre de Andelino consiguió un trabajo bueno y seguro en la ciudad. En el petróleo, dijo el muchacho, y nos vamos ahora, ya nomás, allá hay casa, y obra social… y…

—¿Y hay escuela? —preguntó Auca.
—No, eso sí que no— dijo él —y menos mal, porque no sabría qué hacer.
Ella se rió. Él también.
—¿Me vas a escribir, Andelino?— y un trozo de luna le bañó la mejilla.
—No, no creo que sepa, quizás vos tengas que venir a ayudarme.
Y se rió otra vez. Ella también.

El intentó su primer beso, y ella lo siguió. No había luna esta vez. Solos los dos, mirándose pasar como una foto en cámara lenta. Como una película que no queremos que se acabe.

Auca no terminó la escuela. Vio nacer los hijos de sus amigas, y no vio más a aquellas otras que se habían ido a estudiar. Vio morir a los caballos que le quedaban y vio cómo ésa que era casi una casa de Andelino y su padre, fue cayendo lentamente, con la fuerza del viento y los hociqueos de las bestias.

Un día mientras miraba la luna, que no era ni dulce ni agria, simplemente luna, se decidió. Apagó bien el fuego, cerró la puerta de la casa y avisó a los vecinos que ya no volvería, que si iban a la casa, por favor, la cuidaran, que allí, alguna vez, podría volver a vivir alguien.
Un bolso grande en una mano, una carterita chica en la otra, por la huella hasta perderse detrás de la montaña.

Empezó a caminar un camino que le decía que a veces, la vida no tiene por qué ser así.

—Y cuando llegue a la ciudá, lo primero que hago es preguntar por él, ¿perdón, usté sabe cómo encuentro al Andelino? De apellido Figueroa, su padre trabaja en el petróleo, tiene los ojos medio claros, en veces medio negros, como la luna, ¿vio?

GRACIELA RENDÓN

Nació el 11 de junio de 1955 en Buenos Aires. Reside en territorio patagónico hace 41 años, y en San Martín de los Andes, Neuquén, desde hace 26. Entre sus publicaciones se destacan *La marca en la tierra* (Comunicarte, 2008), *De agua somos y Mujeres de la Historia* (Abran cancha, 2012 y 2014), y *Saburo* (Ediciones del naranjo, 2017). En 2019, su cuento *El color del mundo* fue seleccionado por el Centro Editor del Consejo Provincial de Educación del Neuquén para integrar su colección Leo mi mundo, inspirada en las infancias. La obra, ilustrada por el maestro Carlos Juárez, se encuentra en con lectores en escuelas de toda la provincia. En 2018 se desempeñó como jurada de ALIJA Nacional. También ha dictado conferencias respecto del papel de la mujer en la literatura latinoamericana y talleres de creación literaria en diversos escenarios. Forma parte de la Colectiva de Escritoras Patagónicas.

Con el cuento **Los ojos de la luna o casi una casa,** Graciela Rendón representó a la provincia del Neuquén en la edición de junio de 2021 del programa Patagonia Lee, puesto en práctica por los Planes Provinciales de Lecturas de la Patagonia. El encuentro de junio se denominó **Literatura para las infancias desde Patagonia.**

Compartamos lecturas que laten.

Plan Provincial de Lecturas

CeDIE
Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Fenner

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACIÓN
NEUQUÉN PROVINCIA
JUNTOS PODEMOS MÁS